



Arquidiócesis de Córdoba Fraternidad de Grupos de Oración RCC - Escuela de Formación



QUÉ ES LA RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA



Obispo Trejo 29
Córdoba 5000



Consultas
secretariaecona@gmail.com



www.eventosrcc.com.ar
www.rcc-argentina.com.ar



Renovación Carismática
Católica Argentina -oficial

FRATERNIDAD DE GRUPOS DE ORACION CARISMATICOS
RENOVACIÓN CARISMÁTICA CATÓLICA
Arquidiócesis de Córdoba



Escuela de Formación RCC

PRIMER NIVEL

La Renovación Carismática Católica frente al Tercer Milenio

¿Qué es la Renovación Carismática Católica?
Corriente de Gracia

La experiencia de la Renovación Carismática.

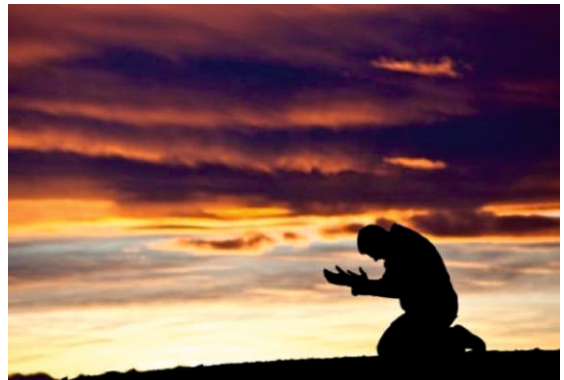


¿Qué es, en realidad, esta Renovación Carismática Católica? En principio, hay un punto central, en el que todos coinciden: se trata de una experiencia espiritual, que lleva a una nueva forma de vida, por lo tanto no es una teoría o una

doctrina. Esta experiencia tiene muchísimos puntos en común con la primitiva experiencia cristiana de la primera época de los apóstoles, después de la vivencia tan especial del día de Pentecostés, en que los apóstoles y discípulos de Jesús se encontraban orando en compañía de María Santísima y se derramó sobre ellos la fuerza del Espíritu Santo. La fe afecta en forma directa solamente el entendimiento del hombre, no así la experiencia de la acción del Espíritu Santo, que toca a la totalidad del hombre. En esta experiencia Dios se manifiesta al hombre en lo más profundo de su ser, lo que en la terminología bíblica se llama “el corazón”, y de allí su acción pasa a las otras facultades y es percibida de múltiples maneras. Esta experiencia es llamada por los católicos y protestantes “bautismo en el Espíritu”,

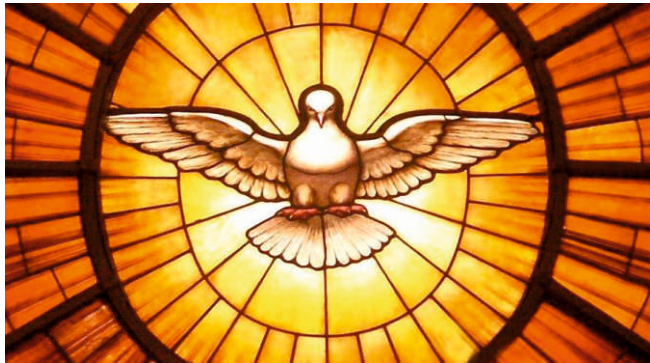
aunque se le ha dado después el nombre más apropiado de “efusión en el Espíritu”, para evitar confusiones con el sacramento del mismo nombre; en países de habla inglesa se habla también de “liberación del Espíritu”. Más allá de cómo se la denomine, todos están de acuerdo al afirmar que se trata de una experiencia espiritual, de una vivencia concreta y reconocible, lo que surge directamente del testimonio de los millones de personas que la han experimentado en sí mismos. ¿Cuál es la base de esta experiencia espiritual? Para ir contestando esta pregunta es conveniente recordar primero el fundamento de la vida cristiana, que consiste en la recepción sobrenatural de la gracia santificante a partir de los llamados “Sacramentos de la Iniciación Cristiana”:

Bautismo, Confirmación y Eucaristía. Ellos incorporan a la naturaleza humana, herida por el pecado original, la participación sobrenatural de la misma vida de Dios (Bautismo y Confirmación) y la van incrementando a lo largo de la vida del hombre (Eucaristía). La consecuencia fundamental de la recepción de la gracia



santificante en nuestra alma, como el más grande y gratuito don de Dios, es la inhabitación de la misma Trinidad Santa, Padre, Hijo y Espíritu Santo en nuestro interior, en forma real y efectiva, y no de manera figurada o simbólica. Esta presencia viene acompañada de nuevas facultades sobrenaturales, constituidas por las virtudes cristianas y los siete dones del Espíritu Santo, que permitirán al cristiano crecer en la nueva vida sobrenatural a la que está llamado por Dios, para ir haciendo realidad la imagen y semejanza suya con que el Creador ha plasmado su obra. Así el bautizado recibe todo lo necesario para poder ir viviendo cada vez con mayor plenitud la misma vida de ese Dios Trinidad que mora en su alma, relacionándose con Él en una intimidad amorosa creciente. Pero el crecimiento de esta vida cristiana en el hombre, que la recibe a partir de la gracia como una semilla o pequeño embrión implantado en su espíritu, no es automático, sino que implica una compleja obra en la que concurren la decisión libre del hombre para comprometer su decisión y esfuerzo para que se desarrolle el nuevo organismo

sobrenatural que ha recibido, y la acción y el poder de Dios que impulsa y apunala la acción del hombre. Este impulso y auxilio de Dios en el hombre recibe por los teólogos el nombre de **gracias actuales**, y se van manifestando



de distintas maneras en la vida del cristiano, en la medida que, en su libertad como criatura de Dios, sean acogidas con apertura de espíritu, disposición interior y gozo profundo. Por lo tanto, para que en el cristiano se vaya produciendo un aumento, en forma de crecimiento sostenido, de la gracia santificante recibida en los sacramentos, hace falta un deseo y una apertura consciente a los llamados e impulsos de las gracias actuales que vienen de Dios, y una sensibilidad espiritual tal que permita reconocer su acción para así secundarla con convicción y alegría. En los primeros tiempos del cristianismo el bautismo era administrado a los adultos, después de un proceso de catecumenado en el que se iba produciendo una conversión y una apertura gradual a la fe, que es la luz del Espíritu Santo que ilumina el entendimiento del hombre, por lo que aparecía fuertemente en la vida de esos primeros cristianos la aceptación de la vida de la gracia divina en ellos, con el consiguiente crecimiento ulterior. Luego de los primeros siglos de la época cristiana se comenzó a difundir la práctica de bautizar a los niños de muy pequeños, antes que tuvieran el uso de la razón, y también la Confirmación y la Eucaristía se solían recibir en la primera niñez. Así el “renuncio” y el “creo” del bautismo, y la aceptación del Don del Espíritu Santo en la Confirmación se hacían a través de los padrinos, quienes tomaban en lugar del niño el compromiso de ser un buen cristiano. Durante mucho tiempo esta práctica no implicó en general en los países cristianizados una traba en el crecimiento de la vida cristiana en los bautizados, ya que se vivía por lo habitual en una sociedad y una cultura que estaban impregnadas en la fe cristiana, y donde los padres y padrinos realmente ayudaban a ese nuevo cristiano, a medida que iba creciendo en su razón y entendimiento, a desarrollar su fe, apuntalados por la educación religiosa, la

práctica asidua y fervorosa de la vida litúrgica y sacramental en la Iglesia, y, sobre todo, en el testimonio cristiano de la propia familia. Pero esta situación ha ido cambiando desde hace bastante tiempo, y en muchos casos el bautismo cristiano ha pasado a ser más un acontecimiento social o algo que se hace por costumbre tradicional, lo que lleva a que ese niño que recibe el sacramento luego poco y nada sea ayudado a crecer en la fe y a desarrollar ese germen de la vida cristiana que es la gracia santificante recibida. Por eso el mundo hoy está lleno de cristianos “de nombre”, cuyos datos engrosan los registros de las parroquias católicas, que llevan en su interior el don más precioso de Dios, que encierra todo el potencial para transformarse en un verdadero hijo de Dios, y que queda allí arrumbado en un rincón del espíritu, casi sin crecimiento alguno, ignorado en muchos casos, guardado en el “freezer” de un corazón helado en lo que respecta a la fe. Tomando en cuenta toda la realidad presentada, podemos volver ahora para tratar de describir en qué consiste la experiencia de la “efusión” o “bautismo” en el Espíritu Santo, tal como se lo experimenta en la Renovación Carismática. Esta experiencia se produce cuando una persona, en el ámbito de un grupo de oración o de una comunidad de la Renovación Carismática, luego de la adecuada y consciente preparación en los llamados **“Seminarios de Vida en el Espíritu Santo”**, pide el derramamiento del Espíritu Santo en su interior, abandonándose a la oración e intercesión de otros hermanos, que oran “sobre” ella. Se trata entonces de una expresión auténtica de oración comunitaria, en que una comunidad cristiana ora por aquel que desea experimentar la gracia de un nuevo impulso en su vida cristiana, pidiendo al Señor Jesucristo, glorificado en el cielo y exaltado a la derecha del Padre, para que derrame en plenitud sobre la persona por la que se ora el Espíritu Santo Paráclito prometido por el Padre a los hombres a través de las palabras del mismo Jesucristo en la noche de su despedida, frente a



la inminencia de su muerte y resurrección, y al abandono de este mundo hasta su segunda Venida. Lo que vive la persona que pasa por esta experiencia de la “efusión en el Espíritu” es muy variado y se podría decir que no hay dos vivencias iguales. Sin embargo, a través de los testimonios de las personas que lo han vivido se encuentran ciertas notas comunes, que se dan a veces en forma separada o más o menos conjunta, y en general no son nada espectacular o extraordinario, como muchos creen. Quizás la sensación más común es la de una paz interior profunda, de una tranquilidad suave y especial que invade el alma. Esta paz va muchas veces unida a una experiencia de amor: de sentirse amado por Dios y de sentir un gran amor hacia los demás, que hace que muchas personas sientan una necesidad fuerte e inmediata de abrazar a todos los que están cerca de ellos. También se vive comúnmente una sensación de alegría y gozo intensos, de una nueva felicidad que se percibe en una dimensión no conocida antes. Estas distintas vivencias muchas veces hacen que a partir de ellas se tome conciencia de algo fundamental: se está teniendo un encuentro personal con un Dios vivo, resucitado, glorioso, presente realmente en la vida del cristiano. Puede surgir como un relámpago una conclusión desconcertante pero maravillosa: “entonces Dios se ocupa de mí personalmente, yo le intereso e importo, y se quiere hacer presente en mi vida”. Es un enorme descubrimiento en el que poco a poco se irá penetrando y profundizando en su sentido. A veces pueden ocurrir durante esta oración algunos fenómenos derivados de carismas extraordinarios: el más común es el de recibir el don o carisma de lenguas, por el que la persona comienza a balbucear palabras en una lengua extraña, o aún puede estallar en un río de frases que surgen incontenibles desde su interior. Otros experimentan el llamado “descanso en el Espíritu”, que consiste en caer al suelo en un aparente desmayo, que los lleva a recibir con mayor o menor intensidad



algunos de los efectos descriptos antes: paz, gozo intenso, amor profundo, gran tranquilidad, etc. Si bien la experiencia de la “efusión” es una vivencia que toca lo más profundo del interior del hombre, sus facultades espirituales, siendo el hombre una totalidad, cuerpo, alma y espíritu, tanto el cuerpo como las facultades naturales, también son afectados por la acción de Dios. Lo que en este caso llamamos “alma”, o “parte inferior del alma”, como dicen otros, que consiste en su inteligencia o entendimiento y su voluntad, sede de los sentimientos y emociones, es también tocada por esta experiencia. Cada uno responde emocionalmente según su temperamento, aunque algo que es bastante común son las lágrimas, que acompañan muchas veces a la sensación de alegría que se experimenta. Asimismo se suelen producir efectos físicos, como fuertes sensaciones de calor en la cara, en las manos, en el pecho, o en todo el cuerpo, así como temblores y escalofríos que van y vienen, aceleración de los latidos del corazón, respiración agitada, etc.

QUÉ ES LA RENOVACIÓN CATÓLICA CARISMÁTICA EN EL ESPÍRITU SANTO

Por el Padre Diego JARAMILLO, C.I.M.

La Renovación Carismática Católica es una corriente de gracia suscitada por el Espíritu Santo en la Iglesia, que promueve el encuentro personal con Jesús y la obra de evangelización desde la oración, el servicio, el testimonio y la apertura a los dones y carismas; esta tarea la realiza a la luz de la Sagrada Escritura y la tradición bajo la formación del magisterio eclesial con una seria vida sacramental y litúrgica.



La Renovación Católica Carismática se caracteriza por un empeño para quitar cuanto nos separa de Dios (conversión) y un anhelo y súplica intensa para que el Espíritu Santo se derrame en el corazón de los creyentes con todas sus gracias y carismas, y nos lleve a amar al Padre, a reconocer a Jesucristo como Salvador y Señor de cuanto existe, a construir la Iglesia como comunidad de fe y de oración, y a adquirir una apertura hacia los hombres, hijos de Dios y hermanos entre sí. La Renovación Católica Carismática está abierta a todos los miembros de la Iglesia. Por eso en los grupos de oración carismática hay hombres y mujeres, sacerdotes,

religiosas y laicos, niños y jóvenes, adultos y ancianos; obreros y campesinos, profesionales y estudiantes. Es una gran variedad en la unidad. Ahí se realizan las palabras de Pablo: “En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Todos hemos bebido de un solo Espíritu” (1 Cor 12,12).

La esencia de la renovación católica carismática es que los creyentes vivan una verdadera renovación en el Espíritu. Hay que redescubrir la doctrina paulina de la vida en el Espíritu. Para salir de una práctica cristiana monótona y estancada es necesaria la “vida en el Espíritu”, por la cual nos sometemos a Cristo como Señor en una confrontación con aquellas citas bíblicas que transforman al hombre desde dentro y le confieren una nueva unión con Dios y una nueva relación con los hermanos.

☞ **¿Por Qué el Nombre de Renovación Carismática Católica Cristiana en el Espíritu Santo?**

- **Renovación:** Florecimiento de la Iglesia.
- **Carismática:** Ya que el carisma es un regalo de Dios, por lo tanto es un regalo de Dios para la Iglesia.
- **Católica:** Porque es universal.
- **Cristiana:** Porque su Centro es Cristo.
- **En El Espíritu Santo:** Porque todo cambio y renovación se logra por la acción del Espíritu Santo que obra en nosotros los creyentes.

☞ **La Renovación requiere de 5 elementos:**

- **Iniciación:** Tu encuentro con Jesús.
- **Crecimiento:** Enseña la profundidad de su Palabra y su Sacramento.
- **Oración:** Mantener un diálogo perseverante con Jesús en todo momento.
- **Comunidad:** Integrarse a las actividades de la Comunidad.

- **Sentido Eclesial:** Integrarse a los demás grupos Apostólicos, teniendo a Jesucristo como Supremo Sacerdote.

☞ ¿Cómo actúa el Espíritu de Dios?

Creo que la respuesta se encuentra en los primeros capítulos de los Hechos de los Apóstoles.

Allí está la norma para los discípulos de todos los tiempos, y por lo tanto para nosotros los que seguimos a Jesús cuando comienza el tercer milenio de la historia cristiana.

Quisiera proponer como principio unificante de toda la actividad responsable de la Renovación “la apertura a la acción del Espíritu Santo”. Sin la presencia del Espíritu de Dios, toda nuestra actividad se vuelve nada. Y con su fuerza, nuestra nada toma dimensiones insospechables de eficacia y de poder espiritual.

Creo, por lo demás, que los únicos que han dado un aporte serio a la Renovación de la Iglesia han sido los hombres llenos de Espíritu Santo. Esto es claro, porque no podemos construir una Iglesia diferente de la que el Espíritu Santo ha venido construyendo en veinte siglos.



☞ Guiados por el Maestro interior

El Espíritu Santo que lo ilumina todo y lo penetra todo, es quien nos da a conocer que Dios es un Padre, y que lo podemos llamar con el nombre tierno de ¡Abbá! (Rm 8, 15)

El Espíritu Santo es el que nos da a conocer el misterio de la Encarnación de Jesucristo. Él es el que nos permite llamar a Jesús con el nombre de Señor.

El Espíritu Santo es el Maestro Interior (cfr. Jn 14, 26) . Nos enseña desde su cátedra del cielo y desde la cátedra que tiene en cada corazón. Él puede revelarnos el misterio de amor que es Dios Padre, y el misterio de salvación que es Jesús.

El Espíritu es el que facilita el diálogo nuestro con Dios. Él enciende en cada uno de nosotros la oración como si fuera una lámpara. Guiada en su plegaria por el Espíritu, la Iglesia se convierte en la sociedad de la alabanza, en la asamblea de la doxología. Por eso cuando la Iglesia nació, como cuando nació Jesús, todas las personas que conocían ese misterio, alababan al Señor.

El evangelio de Lucas nos cuenta que cuando Jesús nació, María alababa al Señor, Isabel, Zacarías, Simeón, Ana, los ángeles: todos alababan al Señor movidos por el Espíritu (Cfr. Lc. 1, 46 ss.).

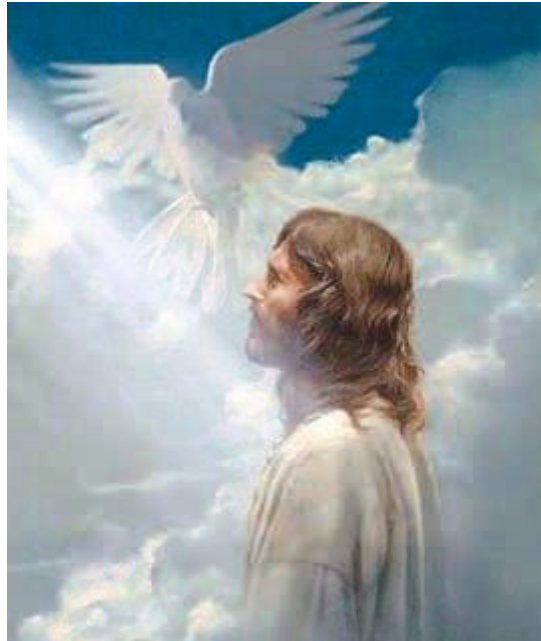
Cuando la Iglesia nació, los apóstoles llenos de Espíritu santo contaban las maravillas de Dios (Hechos 2, 9-11) y los hombres en la casa de Cornelio Cfr. Hechos 10), y aquellos hombres por los que Pablo oró en Éfeso (Hechos 19, 6), todos alababan al Señor.

El Espíritu Santo necesariamente conduce a la oración de la alabanza. Idéntica afirmación podemos hacer cuando hablamos de la oración de petición. Pablo nos dice en la carta a los Romanos que nosotros no sabemos pedir lo que necesitamos, más el Espíritu de Dios gime en nosotros con gemidos inefables. Él suple la deficiencia que tenemos e intercede a Dios por sus santos (Rm 8, 26 -27)

El Espíritu da testimonio de Jesús

El Espíritu Santo fue el que hizo los primeros testigos y los de siempre: Los testigos de la Resurrección. Así lo había prometido Jesucristo y así cumplió el Espíritu Santo abriendo los ojos y haciendo arder el corazón de los Apóstoles, dándoles valentía para que pudieran testificar.

El Espíritu Santo solamente sabe hablar de Jesucristo (Cfr. Jn 15, 26). El espíritu Santo no centra en sí la atención. No hay peligro que una comunidad realmente animada por el Espíritu Santo olvide a Jesús, pues el Espíritu Santo es el primero que glorifica a Jesús. Él es el primer evangelizador, Él es el primer catequista, Él es la “memoria viva” de la Iglesia, que impide a la Iglesia tener amnesia de Jesús.



El Espíritu Santo es el que le da poder a Jesucristo para expulsar los demonios. El Espíritu Santo es el que lleva a Jesús hasta la Cruz; es el que lo hace Cristo y Señor para la Gloria del Padre. El Espíritu Santo es el regalo que Jesús desde la derecha del Padre puede derramar sobre su Iglesia. El Espíritu Santo es el que sigue encendiendo corazones y entendimientos de todos los discípulos en los veinte siglos de la Iglesia, en el conocimiento, en el amor y en el compromiso con Jesucristo.

El Espíritu y la iglesia

El Espíritu Santo es el que impulsa la construcción de la Iglesia. Jesús puso los cimientos; el Espíritu Santo dio la vida. Él es como el alma para la Iglesia, el corazón de la Iglesia, cofundador de la Iglesia, y por eso no se pueden separar Iglesia y Espíritu Santo.

Dice el padre Congar que “separar Iglesia y Espíritu, no sólo sería una herejía, sino sobre todo un tremendo error pastoral”.

Por eso cuando proclamamos en el Credo, “Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica” deberíamos suprimir la pausa, porque Espíritu e Iglesia no son dos realidades paralelas, objeto de nuestra fe, sino que creemos que el Espíritu Santo habita en la Iglesia, que el Espíritu Santo vive en la Iglesia, que la Iglesia es

como la casa donde se respira el aire del Espíritu Santo, la única fragancia que debe existir en la Iglesia Católica es la que da el Espíritu de Dios. Por eso dicen los antiguos: “donde está la Iglesia, allí está el Espíritu y toda gracia”

La acción fecunda del Espíritu

La acción del Espíritu Santo se percibe en la Iglesia de muchas maneras: Él es el Espíritu de verdad, el que habló por los profetas, el que inspiró las Escrituras, el que iluminó a los Apóstoles; por eso, la Palabra de Dios se llama la espada del Espíritu, y la predicación se denomina el ministerio del Espíritu.

Él es el abogado, el que asiste, consuela, habla en las cárceles y tribunales por los discípulos que no saben que decir (Mc 13, 11). Él es como le llamaban los antiguos: “el entrenador de los mártires, el entrenador de testigos”.

El Espíritu santo es Espíritu de Vida. La Iglesia lo invoca como Espíritu Creador; él es el dedo de Dios (Cfr. Lc 11, 20), dice un himno de la Liturgia. Él, incesante, produce cosas nuevas, cielos nuevos, tierra nueva, vida nueva, hombres nuevos. Él renueva la faz de la tierra; Él renueva todas las cosas. Él no se cansa, no se fatiga; es infatigable el Espíritu de Dios. Él está siempre creando, él es como un poeta, el poeta en la Santísima Trinidad. Está haciendo siempre sorpresas. Tenemos que estar siempre preparados ante las sorpresas que hace el Espíritu Santo.

El Espíritu nos une en el amor

El Espíritu Santo es el espíritu de la unidad. Él es el beso casto del Padre y del Hijo. Él es “el nosotros de Dios”, y también es “el nosotros de los hombres” congregados en la Iglesia, es decir, nos permite decir “nosotros” como si fuéramos

un solo cuerpo. Él es, dice el padre Mühlen: una persona en dos personas, el Padre y el Hijo. Él es una Persona en muchas personas, en todos nosotros.



Él unió la naturaleza divina con la humana en Jesús. Él es especialista de unidad. Él es como el “cemento de unidad”. Él posibilita la comunión entre los hombres y Dios. Él es el que hace la comunión de los Santos.

Él es espíritu de Amor. Él es el Amor de Dios, derramado en nuestros corazones, que nos permite amar a Dios y a los hermanos. Él da la fuerza para amar hasta el extremo, para dar la vida, para comprometer la vida, para servir superando egoísmos, para dar y para compartir. El fruto de la presencia del Espíritu es el Amor (Gál 5, 22 -23).

Él es el que manifiesta en la Eucaristía el amor de Dios y la fe del hombre. Por eso en la Eucaristía hay una especial presencia del Espíritu de Dios; por eso algunos han llamado a la Eucaristía: “el don del Espíritu o la delicia del Espíritu”. Por eso, cuando el diácono Efrén repartía la Eucaristía, decía: “recibe el Cuerpo de Cristo y el Fuego del Espíritu”.

El Espíritu Santo es espíritu de Santidad. Él es el que perdona los pecados. Como dice la Liturgia en los días de Pascua: “Él es la Reconciliación de los pecados, el cambia el corazón de piedra en corazón de carne; es el agua que da vida y fecundidad.” Transforma en Cristo y hace que nuestra palabra, mirada y vida, transparenten la presencia de Jesús, porque si el fuego exterior nos ilumina con

sus resplandores, el fuego interior nos va transformando cada día haciéndonos crecer de gloria en gloria.

☞ **A modo de conclusión**

Así como Pentecostés fue un acontecimiento del pasado, pero cuya actualización no pasa sino que perdura constantemente, a través de los siglos, en sus efectos creadores y santificadores; de la misma manera, la Renovación Carismática, suscitada por el Espíritu Santo, apareció en un momento de la historia católica en el siglo pasado pero sigue teniendo una misión evangelizadora y santificadora que cumplir en la Iglesia y en el mundo de hoy.

Nacida de la Iglesia, en la Iglesia y para la Iglesia, la Renovación Carismática quiere mantener celosamente la identidad que Dios mismo le ha impreso, pero se abre plenamente a la gran misión de la Iglesia y se empeña por colaborar con todas sus energías, particularmente con el poder y la fuerza del Espíritu Santo, en dar respuestas y esperanzas al hombre de hoy.



BIBLIOGRAFÍA

- Biblia de Jerusalén, Desclée de Brower, Bilbao.
- PABLO VI, *El Espíritu Santo, animador de la Iglesia*, Ed. Secretariado Trinitario, Salamanca, 1977².
- CARRILLO ALDAY, Salvador, M.Sp.S, *La Renovación Carismática Católica frente al Tercer Milenio*, Ed. Kyrios, Buenos Aires, 2001.
- JARAMILLO, Diego, C.I.M., <http://comunidadtrinidad.com/enseanzas/el-espiritu-santo-en-la-renovacion-carismatica/>
- BENEDETTO, Juan Franco, <http://www.contempladores.com.ar/pdfs/renovar.pdf>